

La importancia de los clubes de lectura

María Fernández

Librería Crazy Mary, Madrid

Recuerdo que uno de los libros que me compré a principios de 2021, pocos meses antes de saber que iba a convertirme en librera, fue un maravilloso ensayo de George Steiner titulado *Un lector*, que acababa de publicar la editorial Siruela. Lo leí con interés y marqué diversos párrafos con referencias al mundo de los libros, en general, y al acto de leer, en particular.

Hace unos días, ordenando mi biblioteca personal, encontré este libro, cuya portada me parece de lo más evocadora, y no pude resistirme a hojearlo. Por pura casualidad, lo abrí por una página con un texto marcado hace cuatro años que me volvió a sorprender. Ahora que soy librera lo veo desde una nueva perspectiva y encuentro un matiz que para mí es importante, porque pone en valor lo que hacemos una vez al mes en Crazy Mary: reunirnos para compartir impresiones sobre la lectura de un libro.

Después de haber pasado toda mi vida leyendo en soledad y en silencio, sin nadie con quien compartir mi afición por los libros, tener un club de lectura propio es un auténtico regalo.

Hay numerosos y diversos clubes de lectura, sobre todo virtuales, surgidos durante los meses que permanecimos confinados en casa. Lejos de ser algo novedoso o puntual, como en aquellas circunstancias, ahora son habituales. Curiosamente no solo se han mantenido sino que han proliferado. Hay marcas de moda, revistas, empresas, instituciones financieras, asociaciones, librerías, bibliotecas... que han creado sus propios clubes de lectura. ¿Qué hace que resulte tan atractiva esta actividad? Yo creo que el hecho de poder compartir y comunicarse con personas que sienten la misma pasión por la lectura.

Hoy en día, los clubes de lectura presenciales están teniendo mucho éxito. Sinceramente pienso que estamos cansados de tanta pantalla y necesi-

tamos salir de nuestro aislamiento para tener experiencias reales que poder disfrutar en vivo.

El Club de Lectura de Crazy Mary es solo presencial. Cada mes recibo numerosas consultas sobre si se retransmite *online*, porque hay muchos seguidores en redes sociales interesados en participar, que han leído el libro propuesto y quieren escuchar las conclusiones y reflexiones de otras personas. Yo, sintiéndolo mucho, tengo que decirles que no se emite en directo ni se publica en internet, y la explicación es sencilla: quiero que sea un momento único e irrepetible, prestar atención al momento presente, a los detalles, escuchar, desconectar y, sobre todo, atender a la comunicación no verbal entre los asistentes. Y esto es imposible que suceda delante de una pantalla enfocada a una sola persona. Necesito observar las miradas, las caras de sorpresa, las risas, los gestos, saber si están interesados o si se aburren, si hablan entre ellos o escuchan con atención... No quiero perderme todo esto. Es un momento de conexión en el tiempo y el lugar, y, a la vez, de desconexión con el mundo exterior y con lo que cada uno es en su entorno habitual, sin distracciones, sin mirar el reloj, sin preocuparse por la vida y las obligaciones que los esperan después, cuando crucen de nuevo la puerta para salir de la librería y recuperen la prisa por llegar a todo.

En nuestro Club de Lectura no pretendemos hacer un análisis literario exhaustivo del estilo o la estructura del libro, la construcción de los personajes, el desarrollo de la trama, la secuencia temporal, no analizamos la gramática ni el lenguaje... Es mucho más espontáneo y fluido ¡y tremendamente divertido! Se trata simple y llanamente de pasarlo bien haciendo lo que más nos gusta: leer en soledad y comentar en comunidad. Aprender a escuchar otras interpretaciones de un mismo texto —casi tantas como lectores asisten—, conocer diferentes puntos de vista, acercarse a otras vivencias y realidades a través del libro y de los testimonios de los participantes, plantearte situaciones que no has detectado en tu lectura, prestar atención a diversas opiniones y darte cuenta de que nunca te habías parado a pensar sobre ello, ver lo que no has visto, escuchar algo nuevo, comprender y respetar la diferencia, sin entrar en juicios ni valoraciones. Eso, precisamente, es lo que hace que resulte tan interesante y atractivo, porque nos ayuda a empatizar y a ponernos en el lugar del otro y con ello descubrimos todo un mundo de nuevas impresiones, sentimientos y reflexiones.

Además, estos encuentros nos permiten alzar la voz, opinar, ser escuchados, dialogar, comunicarnos, entendernos. Algo tan sencillo como necesario y que estamos olvidando: el placer de «perder el tiempo» hablando y escuchando.

En estos años hemos leído literatura japonesa, nórdica, latinoamericana, libros de memorias, género epistolar, ensayo... Hemos estado en Albania viendo el cambio del socialismo al liberalismo, en un cementerio clandestino en la frontera entre Colombia y Venezuela, en Ucrania antes de la invasión rusa, en Escocia durante los desalojos del siglo xix, en la colonia británica en Nairobi a principios del siglo xx, en Nueva York en los años cincuenta del siglo anterior, y en muchos otros lugares y épocas que hemos visitado juntos a través de las lecturas.

Tengo que reconocer que esta es la actividad que más disfruto en la librería y la espero cada mes con mucha ilusión y emoción. Es el momento de compartir, de hablar sin pudor, de reflexionar, de expresar opiniones, de equivocarse, de rectificar, de escuchar y de aprender de los demás, y eso no tiene precio.

Pero todo esto viene al hilo del texto del que os hablaba al comenzar esta reflexión, el detonante que me lleva a escribir sobre la importancia de los clubes de lectura, y dice así:

Lo que necesitamos no son «programas de humanidades», «escuelas de escritura creativa», «programas de crítica creativa». Lo que necesitamos son lugares, por ejemplo una mesa con algunas sillas alrededor en la que volvamos a aprender a leer, a leer juntos. Uno aspira a tal desiderátum en los niveles más literales. Análisis léxicos y gramáticos a nivel elemental, el análisis sintáctico de las frases, la escansión del verso (la prosodia es el pulso y la música inseparables del significado), la capacidad de distinguir hasta las peculiaridades más rudimentarias de esas invenciones y figuras retóricas que, desde Píndaro a Joyce, han sido los portadores de la vida sentida: todas esas cosas son ahora habilidades esotéricas o perdidas. Necesitamos «casas de y para la lectura» en las que un silencio suficiente despierte las fibras de la memoria. Si el lenguaje, bajo la presión del asombro (el «valor añadido») del significado múltiple, si la música del pensamiento tiene que perdurar, no serán más «críticos», sino más y mejores «lectores» los que necesitamos.

Y lo firma, ni más ni menos, que George Steiner.

El Club de Lectura de Crazy Mary lleva reuniéndose un lunes de cada mes desde hace dos años. Empezamos siendo unas veinte personas y ahora hay inscritas más de cien, aunque el aforo está restringido a cincuenta y es nece-

sario reservar plaza para poder asistir. Es abierto y gratuito. A veces nos acompaña el autor, el editor o el ilustrador, aunque en la mayoría de las sesiones no tenemos invitados. Dirijo y modero el club, pero sobre todo me siento una participante más.

Y doy gracias por haber encontrado mi lugar en el mundo: una librería en la que hablar de libros durante horas y en la que organizar encuentros para disfrutar de las lecturas compartidas.